

EL PLACER DE ENSEÑAR¹

THE PLEASURE OF TEACHING

Hernán Burbano Orjuela²

Fecha de recepción: Agosto 28 de 2013

Fecha de aceptación: Octubre 25 de 2013

RESUMEN

Este artículo aporta elementos de juicio y da razones por las cuales el autor considera que la relación entre maestro y discípulo en el ámbito de la formación universitaria, configura lo que él denomina el placer de enseñar.

Palabras clave: Ética, diálogo, interrogantes, incertidumbre, libertad.

ABSTRACT

In this paper the author proposes that the relationship between professor and student in the realm of university education can be condensed under a set of principles that is called the pleasure of teaching.

Key words: Ethics, dialogue, questions, uncertainty, freedom.

1 Parcial de la exposición realizada, con motivo del otorgamiento del título de Doctor Honoris Causa en Ciencias Agrarias, que hizo al autor la Universidad de Nariño.

2 Presidente. I.A. Ph.D. Sociedad Colombiana de la Ciencia del Suelo. Colombia. hernan.burbano@googlemail.com

INTRODUCCIÓN

Estoy convencido hasta ahora y salvo evidencias que contundentemente digan lo contrario, que enseñar es un placer; si se quiere, en consonancia con aquello que preconizaba Epicuro (Arrighetti, 1978), al considerar que la felicidad se consigue a través del placer, aunque no de un placer absoluto sino de un placer que previa o posteriormente va a estar marcado por el dolor, el sacrificio, y también la desilusión. Placer significa agrandar o dar gusto, goce, disfrute espiritual, satisfacción, sensación agradable producida por la realización de algo que gusta o complace.

Enseñar es la acción que permite comunicar conocimientos, habilidades, ideas o experiencias a una persona que no las tiene con la intención de que las comprenda y haga uso de ellas. Advirtiendo, sin ser especialista, que enseñar y educar se pueden imbricar y en muchos casos hasta terminan por fundirse.

Para enseñar, entonces, creo yo, quienes ejercen este noble ministerio deben, apoyados por una sólida y perfectible formación académica, encarar su misión con un respeto profundo por el otro -el discípulo- a quien han de enseñarle lo que es el mundo y la vida, desde su propio saber y desde una perspectiva dual, la propia o local y la ecuménica, aunque hay que aceptar que cumplir con este cometido, de pronto, es tan solo una ilusión.

Con estas líneas introductorias, paso a considerar algunos aspectos que si bien no pueden ser agotados en este momento, podría intentar delinearlos a la luz de mis vivencias en las aulas universitarias, circunstancia que

me lleva a decir que al enseñar es posible disfrutar de un placer que hace excepcional la misión del maestro.

Porque alternar cotidianamente con los jóvenes, es transitar por territorios gratos a la vez que insospechados, admitiendo que los jóvenes por naturaleza son una incógnita. Por eso, para visualizar lo que son los jóvenes, podría recurrir a la opinión de Sócrates, quien señalaba, 400 años antes de nuestra era, que “los jóvenes hoy en día son unos tiranos; contradicen a sus padres, devoran su comida, y les faltan al respeto a sus maestros”. Encontrar similitud con la hora de ahora, no resulta difícil. Aunque se debe convenir, que la juventud es una gracia en la vida que las personas se resisten a perder.

Ahora, y sin pretender decir cómo se enseña, porque en mi opinión y corriendo el riesgo de ser glosado por los pedagogos, enseñar antes que nada es una vocación y es un arte que, desde luego, debe recibir el toque de la academia, intento hacer unas reflexiones, ojalá con algún grado de éxito, que me permitan poner a flor de piel aquello que percibo y que hace parte de mi experiencia, luego de muchos años de vivir en la Universidad, rodeado por ese germen de la vida, que es la juventud. Aunque no hay que olvidar la sentencia de Oscar Wilde quien consideraba que “experiencia es el nombre que damos a nuestras equivocaciones”.

Presento a continuación, unas ideas con relación al *placer de enseñar* que sin la pretensión de que sean exhaustivas, las dejo a consideración de los posibles lectores, con la aspiración de que pudieran ser objeto de análisis y debate.

EL PLACER DE ENSEÑAR: RAZONES PARA SUSTENTAR LA PROPUESTA

Como la condición humana está contradictoria y *sui generis*, conviene recordar que enseñar -si es que es posible enseñar- antes que nada es un privilegio, porque si se consagra la vida a esta estimulante actividad, enseñar es algo que está reservado para muy pocas personas en la educación formal y, por ello, esta misión se tiene que desempeñar con amor, con pasión y con conocimiento, no solo del objeto de enseñanza sino, fundamentalmente, de esas personas, de esos jóvenes que confían en el mentor que procura enseñarles. Esto amiga el acto de enseñar con las condiciones que pueden ir configurando un placer.

Enseñar significa hacer parte de ese encuentro diario con un grupo de estudiantes que quieren aprender y que por esa razón creen en la persona que funge como maestro. Soy de la idea según la cual quienes enseñamos, muchas veces no valoramos la confianza que nos otorgan los discípulos quienes creen en nuestra idoneidad y en nuestra ética y por eso, abren sus mentes y sus corazones a nuestro discurso. El aula, en sentido amplio, es un lugar sagrado para la enseñanza, en donde se tiene que dar un diálogo enriquecedor que alentado por el maestro, tiene que ser proclive a los interrogantes, a los argumentos y a la visión de los estudiantes que sin duda, llegan con unos preconceptos, respetables, adquiridos a lo largo de su vida académica y de la propia vida. Quizás, observando con serenidad, enseñar es tener la sabiduría -don escaso- para escuchar con respeto al discípulo.

Enseñar, si se mira desde este ángulo, significa no defraudar a los discípulos y esto

abarca todo el espectro de la enseñanza. No defraudar, entonces, conlleva en primera instancia, admitir que los maestros siempre estamos frente a seres humanos que como tales y antes que nada necesitan ser reconocidos. Sin reconocimiento, considero, no se da el proceso de enseñar.

No defraudar también quiere decir establecer con antelación reglas de juego que se tienen que cumplir para que unos planteamientos que tendrían que ser claros y actualizados, -los del maestro- apoyados en alternativas pedagógicas idóneas, conduzcan a cautivar a los estudiantes, porque sus maestros buscan que ellos estén dispuestos a descubrir nuevas verdades, ya que una realidad de la vida y más de estos tiempos es el cambio. De ahí que deba darse ese paso que lleve, como lo propuso el ideólogo del Desarrollo a escala Humana, “de la esterilidad de la certeza a la fecundidad de la incertidumbre”. Por eso también, juzgo que Ortega y Gasset tenía razón cuando manifestaba “Siempre que enseñes, enseña a la vez a dudar de lo que enseñes”.

Enseñar es rejuvenecer, enseñar es aprender infinidad de veces, enseñar es corroborar aquella sentencia que dice “los hombres aprenden mientras enseñan”, además, enseñar es palpar la realidad de la sociedad a través de personas jóvenes, auténticas, espontáneas, críticas, con valores, que gustan de la vida y que por eso combinan con mayor o menor éxito, aunque sin angustia, el deporte, la música, el baile y el amor -la expresión más sublime de lo humano- sí, ese amor “que nos permite ver a los otros como los ve la divinidad”. Si esto no es un placer, querría decir que las opciones para llegar a esta realidad se van extinguiendo.

Enseñar es dialogar con la juventud, que tiene que ver al maestro como un ejemplo a seguir, misión que será exitosa a plenitud cuando el alumno supere al maestro. Enseñar también es que el maestro comprenda que la prioridad es que los discípulos aprendan y en contexto y no que él enseñe. Enseñar es preparar para la libertad, para que el discípulo finalmente sea capaz de andar su camino, pero sin el apoyo del maestro, desde la antigüedad Epicuro (Arrighetti, 1978) consideraba que el más grande fruto de la autosuficiencia, que resulta de la educación, es la libertad.

Enseñar es tener la recompensa infinita de la gratitud, de esos cruces de camino que de tarde en tarde se dan, cuando es posible el reencuentro que se sella con un abrazo fuerte y con un diálogo franco para contar experiencias, desde que el profesor se quedó en la Universidad y el discípulo salió a conquistar el mundo. Así, la enseñanza consistiría en que el maestro siga aprendiendo, ahora, a través del discípulo.

Enseñar, es aceptar que la educación “no consiste en la asimilación pasiva de datos y contenidos culturales, sino en plantear desafíos para que el intelecto se torne activo y competente, dotado de pensamiento crítico para un mundo complejo”, como lo dice la filósofa contemporánea Martha C. Nussbaum (2010) en su obra “Sin fines de lucro”, quien coincide con el reclamo que hacía a mediados del siglo XX T. S. Eliot (1934), quien planteaba interrogantes como estos *¿Dónde está la vida que hemos perdido en vivir? ¿Dónde la sabiduría que hemos perdido en conocimiento? ¿Dónde el conocimiento que hemos perdido en información?*

Enseñar resulta edificante para el maestro y es un placer, porque la pretensión de enseñar es nueva todos los días y, en consecuencia, demanda de un continuo aprendizaje, porque en cada jornada, los grupos de estudiantes son iguales pero diferentes, como cuando se alude a que en la naturaleza “todo es cíclico, pero... siempre distinto”. Además del valor propio de enseñar, ese placer crece o se amplía, porque lleva consigo la variedad.

Lo esencial de la educación no ha cambiado: la acción entre humanos, unos que enseñan y otros que aprenden. Educación guiada por la perplejidad, el asombro y lo nuevo, que esté abierta a posibilidades significativas para la vida de las personas y que prepare para cuestiones de “incertidumbre”. Mas como los dioses se preocupan por la educación, aunque los profesores no lo sepamos, lo que salva la acción de enseñar es que cada vez, como lo advierte el biólogo Edward Wilson (2006), surja la “pregunta grande”, que da sentido al encuentro de hoy y abona el terreno para los siguientes. Esto permite que el placer de educar se siga abriendo paso.

Enseñar seguirá siendo un placer en la medida en que los maestros pongamos la mirada en el cielo y los pies en la tierra y asumamos nuestra tarea, como lo he planteado en el libro “Tendencias del pensamiento social en Nariño” Quijano *et al.* (2010), no con la idea de que lo sabemos todo sino con el criterio de que nos falta vida para aprender, no con arrogancia sino con humildad que se vuelve edificante. Recurriendo a la mitología podría decir, que los discípulos deberían recibir de sus maestros el hilo de Ariadna que los conduzca a salir de los laberintos, derrotando al Minotauro.

BIBLIOGRAFÍA

ARRIGHETTI, G. 1978. Epicuro y su escuela, en La filosofía griega, volumen II de la Historia de la filosofía de Siglo XXI, Madrid: Siglo XXI, sexta edición. Madrid. España. 297 - 314 p.

ELIOT, T. S. 1934. El primer coro de la roca. (Poema). Versión J. L. Borges. Disponible en: <http://www.epdlp.com/texto.php?id2=1845>, consultada: agosto, 2013.

NUSSBAUM, M. C. 2010. Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades.

Traducción del inglés por María Victorial Rodil. Madrid, Katz. 199 p.

QUIJANO, V.A, SABOGAL, T.J., MOLINA, R.D., USCÁTEGUI DE JIMÉNEZ, M., RUÍZ, R. I., SILVA, A. VILLARREAL, M.C. y BURBANO, O.H. 2010. Tendencias del pensamiento social en Nariño. Primera edición, San Juan de Pasto, Nariño, Colombia. 279 p.

WILSON, E. O. 2006. La creación. Salvemos la vida de la Tierra. Trad. del inglés por Elena Marengo. Buenos Aires, Katz. 252 p.